«KATHARSIS» DEL ESTILO EN SAN JUAN DE LA CRUZ

Los tres representantes del idealismo ibérico en el siglo XVI son, a mi juicio, fray Juan de la Cruz, fray Luis de León y fray Agostinho da Cruz, dejando a un lado a la Madre Teresa, que por su sentimiento femenino se desvía un tanto de esa línea pura.

En los tres juega un papel esencial la melancolía y el desengaño. La poesía brota en ellos como una protesta nítida a la opresión humana y alcanza su altura máxima, por el despego de la humana malicia, en el encuentro y comunión sencilla con el ser positivo de las cosas, emoción de encuentro que se aproxima al día de la Creación.

Dos de ellos estuvieron en la prisión y en el invierno de la cárcel se forma el capullo de sus poemas. El tercero, fray Agostinho, huyó por propio impulso "os ventos da idade perigosa" para cantar en la sierra de Arrábida, frente al Atlántico, el dulzor sensible "a caudade da divina fermosura".

Una nota común en esa tríada gloriosa de poetas es su fervor místico, esa adorable pasión por las cosas de la Naturaleza y su imponderable armonía, armonía que sólo en la quieta película de su alma de expectador se forma. Los tres escaparon por la senda del silencio a las planicies altas del más claro platonismo literario.

Pero ¿por qué ese resplandor no es siempre claro en fray Juan de la Cruz? ¿Por qué se ha podido ignorar y negar durante tanto tiempo su amor a las cosas de la creación y contraponerlo, por ejemplo, a un San Francisco de Asís?

Hay que reconocer que en la obra escrita del fraile carmelita existen grandes desniveles. Pero esa desigualdad es su misma riqueza, pues obedece al desarrollo psicológico del escritor.

Fray Juan de la Cruz nació en una familia muy pobre, creció sin padre, asido materialmente a las faldas de su madre y viendo rodar sus lágrimas. Su pubertad transcurrió entre niños castigados por el destino y gente hospitalizada herida por el pecado (probablemente eran sifilíticos). Todo esto tuvo que reflejarse de alguna manera en sus primeras preocupaciones literarias: suspicacia ante el enigma de la existencia. Sobre todo el fantasma de la miseria rondando su casa, el pan racionado y negro, tiene un reflejo inegable en la angustiosa estrechez de las prescripciones y en el diminuto y tupido enrejado que opone su pluma a los símbolos, imágenes y tentaciones de la vida *(Subida del Monte Carmelo)*.

Todos los que en su primera niñez han pasado por la miseria han sacado exigente su alma y afilado y sutil el instrumento de trabajo (en este caso la pluma). Si fray Juan no hubiera tenido en la vivencia de la pobreza la vivencia del amor a su madre, hubiera sido un rebelde y un filósofo del resentimiento. Pero ese amor que obra al lado de la pobreza lo lanza desde el primer momento por los caminos de la sublimación. El "todo o nada", clásico en el alma de los pobres (los únicos ambiciosos y los únicos nihilistas de la humanidad), resplandece en sus versos famosos que adornan el dibujo del Monte a lápiz. Hay un orgullo

oculto, un ansia inconfesada de reivindicación, y esa inconfesión y esa deuda vieja consigo mismo es lo que torna opaca la doctrina del Monte Carmelo.

Si comparamos a San Juan de la Cruz con San Francisco de Asís (¿y a quién otro podríamos compararlo?), la diferencia de estilo resalta a primera vista. Pero Francisco pertenece a una familia socialmente bien situada y Juan de Yepes a una familia que se deshace; Francisco de Asís ha pasado por la abundancia y la riqueza y Juan de la Cruz, no; Francisco ha tenido aventuras, sueños de joven, caballos y dinero listo para holgar con los amigos. Todo eso influye maravillosamente en su lenguaje. Cuando el dulce Francisco habla de la oveja, de los árboles del bosque o del venado corredor, parece dueño absoluto de todo, pues todo eso podía realmente haberlo comprado con su dinero. El lenguaje de Francisco es amplio, generoso. No ata, no precisa, no regatea en el cálculo; abarca, concede, derrocha y pasa adelante; no gusta del análisis. Pero el hijo del pobre calcula y precisa, ata y distingue y enferma analizando.

Pero en fray Juan de la Cruz se verifica un fenómeno curioso e interesante. Mientras así escribe, como un vulgar hijo del pobre, se va liberando de esas trabas. Muchas veces una fase de la vida no se termina de vivir hasta que se expresa en el papel. Y eso acontece en los escritores de raza (1).

"Abreacción" y "katharsis", ley psicológica fundamental, explica que en las primeras obras literarias de San Juan de la Cruz aparezca tan incierto el resplandor de las criaturas: están vistas a través de íntimas restricciones, de antiguas deudas vitales, del concepto del ahorro, a través de temores, cautelas y arideces. Y, sin embargo, palpita ahí un amor hondo a las cosas, inconfesable, en cuarentena, pero sólido y profundo.

Este estado de alma emerge, sale a primer plano, pasada la crisis de la "Noche oscura" (donde está a punto de caer para siempre en la desesperación y en el nihilismo y donde todo está pendiente del "sí" o del "no" del sujeto), toda esa aspiración totalitaria subconsciente revienta en las estrofas del Cántico y de la Llama y su Comentario. (Si bien las primeras estrofas del Cántico se le ofrecen en la lobreguez de la cárcel de Toledo, no surten todo su efecto, no se verifican totalmente hasta la época del Comentario, si bien no quiere decir esto que se verifiquen en el sentido del Comentario.) Aquí ya no necesita el autor razonar su amor a las criaturas, a la bestia, a la luz, a los elementos. La admiración y la exclamación, sin darse él cuenta, le revientan los labios. Está inmerso en la belleza, mejor en las cosas bellas. La enumeración, cuando brota, es una pura guirnalda; de ordinario se ve al autor sin ganas de explicarse, batido a chorro por el fluir de las impresiones.

Pero la cima de su expresión literaria y también de su madurez doctrinal está en su "Dichos de amor", esos actos quintaesenciados, ese vuelo superior a propósito de las cosas creadas, esos que él llama "actos anagógicos" y que nunca pudo explicar a satisfacción de sus oyentes, pero que bastaba mirar su sonrisa y su imantado silencio para comprenderlos.

---

(1) Existe en alemán una palabra muy expresiva para significar el acto de la dedacción, o sea el acto de trasladar una idea de la cabeza al papel: *nieder-schreiben*, que evoca el acto de arrumbar, derribar, liquidar una cosa (efecto catártico).

Algunos echan de menos en este santo el "posar" y el "gozar", pues viene muy recalcado el "pasar". Pero el "pasar" de San Juan de la Cruz no es un pasar militar ni un pasar de largo, sino un "pasar por" las cosas. El "no cogeré las flores" y el "pasaré los fuertes y fronteras" responde a un momento psicológico concreto: es una huída hacia el ideal desde un lugar lóbrego y repugnante. El ritmo verdadero se implanta en su vida al salir de la cárcel a la libertad, si bien la huída precipitada, gracias a la cual salvó su vida, impone durante algún tiempo a su pensamiento un sello obligado.

San Juan nos habla de una "sustancia" de los actos, del jugo fuerte y saludable que deben dejar las cosas. Todas las cosas, todos los acontecimientos inscritos en la línea existencial del sujeto (para precisarlo hay que consultar el instinto y destino propios), tienen algo así como un jugo o quintaesencia, una sustancia (como él llama) que hay que exprimir con los dientes. Sin esa operación ni podrá ir adelante ni se nutrirá en firme el alma. Aquí es donde se abre el verdadero panorama de su doctrina: un banquete donde las viandas son terrenas y la digestión espiritual. Raras veces se ha llegado en la literatura a un amor tan grande y disimulado a la realidad vital, disimulado y oculto en la torpeza del estilo, amortiguado y como esbozado en la timidez leporina con que asiste a los acontecimientos y tolera la vecindad de los hombres y de sus hermanos. No gozó él de la libertad de movimientos de un San Francisco. No es un Fundador precisamente, es un monje arrollado por los acontecimientos, por la incomprensión, y que se busca a duras penas su agujero en la piedra.

Nada le decía la oscuridad y la humedad de la cárcel. Sólo la soportaba soñando en otra cosa, y cuando hasta soñar se hizo imposible, adoptó la fuga. Nada le decían a veces los muros del convento y el hipotético cerco de las miradas de sus hermanos, y dice la tradición que, traspasando la cerca del convento, se hundía a veces en el bosque, donde paso a paso, iba sorprendiendo las armonías de la creación y exprimiéndolo todo en su alma, despegado de las cosas, pero gozándolas; alejado de las criaturas, pero como sacerdote en medio de ellas.

Hay mucha diferencia entre el que no ha pasado por las cosas y el que ha pasado de vuelo. Aquél partió de un falso juicio de valor (no le merecían atención) y quedó pobre y vacío. Este otro partió de un fino instinto y de una rápida asimilación de los jugos de la creación.

En ninguna clase de hombres se afina tanto en interés vital como en los encarcelados, en los que han pasado por el trance de perderlo todo. Uno de éstos es San Juan de la Cruz. La fuga equivale a un segundo nacimiento. Sólo después de ese momento brillan las cosas en toda su hermosura y adopta el estilo anagógico, fruitivo, conciso.

Nuestra generación va marcada por un signo extenuante y trágico: escapar, huir, temer. No hay valor apenas para asentarse y gozar. No necesita los libros del padre Ribadeneira (tiene razón Ortega), que enseñan a huir de las cosas, sino la lección de los místicos, que enseñan a sustanciar y a calar hondo en las cosas. El que tenga oídos para oír, oiga. Y el que tenga sentidos para gozar, goce.

Fr. AUGUSTO DE LA INMACULADA